

Manuel de Lope, *Bella en las tinieblas*. Madrid, Alfaguara, 1997.

En el imaginario de Manuel de Lope, siempre que una bella surja de las tinieblas de la memoria hallará un Alfredo Gavilán dispuesto a ser fascinado. Y no necesariamente con objeto de rendirse a una relación amorosa convencional, sino con el literario propósito de florecer un enigma. Así sucedía, salvando las distancias, en *Madrid Continental*, en *El otoño del siglo* y en *Shakespeare al anochecer*, obras en donde de manera parsimoniosa, lentamente pero con firmeza, el autor se recrea desentrañando pasiones intrincadas, oscuras, dormidas y súbitamente desveladas porque, en una novela, como en la vida, tarde o temprano todo acaba por descubrirse.

El abogado protagonista de *Bella en las tinieblas*, Alfredo Gavilán, llega al pueblo de Lince en representación de los intereses económicos del sobrino de un viejo capitán general López Goita, fallecido en el magnífico caserón de recreo de la familia en donde, desde hacía varios años, envejecía en compañía de la bella Ana Rosa Camp, su mantenida desde los lejanos años cincuenta. El encargo parece sencillo, pero una violenta reacción del hijo del jardinero llevará a Ana Rosa al coma profundo y arrastrará al abogado a una suerte de insana atracción por el curso de los acontecimientos.

El mito de las queridas de lujo en la postguerra española ha fascinado a más de un escritor: a Marsé desde siempre y, más recientemente, al Zarraluki de *Hotel Astoria*. Basándose ligeramente en hechos reales, Manuel de Lope crea a una bella mujer fatal que cautiva la voluntad de Alfredo (y la del lector) a través los jirones de un pasado esplendoroso y las tinieblas de la morfina. La hace nacer entre la bohemia, la poesía y el glamour de una *suite* en el *Wellington* y después, con un viento trágico, la arranca para transportarla a un nuevo escenario. Un escenario que Manuel de Lope construye magistralmente jugando con las coordenadas geográficas (el norte de España), antropológicas (primitivismo y provincianismo de las gentes) y hasta arqueológicas (un viejo balneario y sus ruinas de baños romanos). La crea bella entre bellas y también víctima de su propia y turbadora belleza con ese sino especialmente de los seres que no pertenecen a ninguna parte.

Las bellas lucen mejor si están rodeadas de «bestias» y, sabedor de ello, Lope idea diferentes personajes principales animalizándolos como en el caso del hijo del jardinero a quien llama Zorrilla o el de Toribia, la criada del doctor, hombruna y torva, propia de un retablo valleinclanescos. Pero la bestia parda mayor, el capitán general López Goitia, se halla herida de muerte desde las primeras páginas y fallece antes de acabar el primer capítulo. Su muerte es un desencadenante fatídico: las adormideras de la decadencia dejan de surgir efecto y todo, gentes, casas y objetos, muestran la descarnada imagen de putrefacción que desde lejos parecía tan solo elegante deterioro. El olor de esa putrefacción ya

no puede disimularse más con pañuelos impregnados en agua de Colonia como los que Ana Rosa Camp anudaba al cuello del general para contrarrestar la fetidez de su aliento de enfermo.

Abundando en el paradigma, diremos que las bellas de Manuel de Lope son mujeres de pocas palabras, algo distantes de su contemplador aunque no desdeñosas ni altivas. Sencillamente parecen pertenecer a un mundo lejano en el espacio o en el tiempo que les confiere una cierta cualidad de intocables, de inaprensibles. Ellas son la causa primera y última del argumento pero, como ya sucediera en *El otoño del siglo* o en *Shakespeare al anochecer*, jamás participan directamente de la acción. Son el espectro, el contrapunto de la realidad prosaica y densa. El que sí se ve súbitamente inmerso en los acontecimientos es siempre el protagonista: ese Alfredo-Fredi taciturno y semi-ataráxico, ese hombre que no sabe lo que quiere con la firme convicción con la que lo saben —o creen que lo saben— los demás, ese gran escéptico bien intencionado, inteligente pero ingenuo, que siempre vacilará entre la contemplación y la acción. Contemplación del testigo, del que conoce la teoría de la vida por su capacidad de observación, por su tendencia a filosofar al hilo de lo sucedido. Y acción aunque sea ésta involuntaria porque, como una pose largamente meditada por el autor, los protagonistas masculinos de las novelas de Manuel de Lope suelen adoptar comportamientos típicos de detective americano serie B que nunca sabe de dónde le llegan los casos. El escritor sabe reproducir sutilmente la asfixiante atmósfera de novela negra que se cierne sobre personajes cuyas vidas se sienten tocadas por el halo del misterio, atraídas por las vidas de otros como por un imán poderosísimo.

*Bella en las tinieblas* pertenece a un conjunto narrativo de innegable riqueza nacido de la capacidad de evocación de mundos crepusculares casi inexistentes que conviven, sin estridencias ni desequilibrios, con la cotidianeidad más absoluta. El material llega desde diferentes ámbitos de la memoria: recuerda, en constante recreación, personajes y motivos de obras anteriores, rememora hechos de la historia española reciente, introduce recuerdos de personajes semi-reales y convierte en metáforas recuerdos propios y ajenos. Esa capacidad para la mixtura llega aquí a un raro nivel de perfección convirtiendo la obra que nos ocupa en un clásico del que solo tendríamos que lamentar, si es que quisiéramos lamentar alguna cosa, la pérdida de la osadía en llevar al límite determinadas situaciones o personajes a fin de extraerles un destello insospechado. Sin embargo, esta actitud de ponderación y respeto por las reglas del relato realista cuenta con la aparición de una voz narrativa desconocida hasta ahora en la novelística de Manuel de Lope. Se trata de un quintaesenciado narrador omnipresente que se impone con fuerza desde la primera línea y conduce con mano de hierro el desarrollo de la novela.

La crítica ha definido esta última obra de Lope con el consabido «de madurez» y yo me pregunto, teniendo en cuenta que nació en 1949 y

que publicó su primera novela en 1978, si esa calificación se otorga a un libro acorde a la edad biológica de su autor o si, como los oscars honoríficos, es el premio a toda una carrera. Como lo primero sería absurdo debemos considerar válida la segunda razón. Sin embargo, es menester que definamos, mejor dicho replanteemos, qué es madurez en literatura y si la madurez literaria se alcanza como se alcanza una mayoría de edad. Madurez significa experiencia, oficio, tablas ... y, también, el haber hallado una voz, un estilo propio. Todo ello confluye en el libro que nos ocupa, por supuesto. Pero a mi parecer no es menos importante que una obra, independientemente de ser la primera, la decimo-segunda más una o la última de un escritor, tenga el olor, el color y el sabor inconfundible de aquello que ha sido madurado en su propio proceso de elaboración. Y a esa madurez a la que me refiero nos tiene acostumbrados, y bien acostumbrados, Manuel de Lope casi desde sus primeras incursiones novelísticas. De *Bella en las tinieblas* ha dicho Gabriel García Márquez que es una «fiesta del idioma», pero ya desde *Albertina en el país de los Garamantes* se ha alabado la precisión y el rigor de su prosa, la riqueza de su lenguaje, aunque en sus inicios utilizó el francés como lengua literaria.

*Bella en las tinieblas* es, pues, una novela reposada, que invita a ser leída con delectación, paladeando los capítulos para disfrutar de un banquete literario al que no desearemos renunciar aunque, sepamos que, al final, puede acabar por afectarnos el estómago porque no es dulce, ni agradable la historia que se oculta en las tinieblas de esta magnífica obra de Manuel de Lope.

Barcelona

JOSEFA BAULÓ DOMÈNECH

Jaime de Andrade. *Raza*. Barcelona, Planeta, 1997, 192 pp.

Desde hace ya algunos años, se viene llevando a cabo una reaproximación evaluativa del balance literario dejado por la estética franquista. Numerosos artículos, libros, y tesis doctorales buscan resucitar textos olvidados para determinar de manera distanciada y definitiva su significado histórico-cultural. Esta revisión se debe en gran parte a la presencia de un elemento nostálgico que según Frederic Jameson define a la postmodernidad. Ya sea por nostalgia, por curiosidad, o para experimentar el alivio facilitado por la distancia cronológica, lo cierto es que el público y la crítica se sienten atraídos hacia estos textos. A la vez, las editoriales nutren este fetichismo histórico con reediciones de obras sacralizadas por la España Franco-falangista.

Así, Planeta nos ofrece una nueva edición de la novela-guion que escribió Franco bajo el seudónimo de Jaime de Andrade. Aunque menos conocida que su adaptación cinematográfica del mismo título, ambas